

Integrismo religioso y confusión ideológica

La reciente tragedia ocurrida en Noruega trae a la palestra una de las más peligrosas debilidades de nuestra organización social.

La sociedad humana ha tenido durante toda su existencia histórica un componente altamente peligroso: la creencia religiosa.

Nacida de la necesidad de aplacar los miedos ante lo desconocido, pasó de explicar los misterios de la naturaleza que rodeaban a la humanidad primitiva a constituir complejas mitologías, y reglas de conducta y moralidad, en la mayoría de los casos, altamente subjetivas.

Ello generó asimismo el nacimiento de una nueva casta en el seno de la sociedad, la casta sacerdotal. Aquellos que se autoproclamaron intermediarios entre los humanos y la divinidad. Y por supuesto ello conllevó una serie de privilegios y poder para tales intermediarios; un poder que admitía transacciones con quienes detentaban el poder terrenal (económico y político). Las bases para la sucesión de atrocidades estaban servidas.

Un simple vistazo a la historia humana nos demuestra como, en nombre de múltiples divinidades, se han cometido los más horrendos crímenes. Aunque en nuestros lares nos son especialmente conocidas los propios del catolicismo, ni protestantes (en sus múltiples variedades), ni judíos, ni musulmanes, ni ortodoxos, ni cualquier otra religión de las muchas existentes, o habidas, se libra de los pecados de la crueldad, la violencia y la agresión injustificada.

Y ni la evolución social, ni la constitución de una sociedad, teóricamente, más avanzada, democrática y culta, han sido capaces de conjurar los demonios del fanatismo religioso.

Si bien es cierto que hoy las miras de la inmensa mayoría de la población, en relación a este problema, están puestas en el Islam, y no se puede negar que los creyentes en dicha religión han hecho méritos sobrados para ello, la verdad es que ninguna religión se libra del pecado intrínseco del fanatismo. Y para muestra un botón.

Los múltiples asesinatos cometidos por el noruego Anders Behring son la clara demostración de cómo una fe absurda e irracional son la más peligrosa arma con la que podemos enfrentarnos. Él ni siquiera es realmente consciente de la perversión de sus actos, y el hecho que lo demuestra es que sin negar su autoría, considera que existen razones más que suficientes para justificarlos.

Quien piense que está loco, se equivoca. Al menos no más loco que quienes en nombre de Alá atentan contra personas inocentes, o que quienes defienden el literalismo bíblico, afirmando que la antigüedad de la Tierra no supera los 6000 años, o quienes, desde su fanatismo cristiano, apoyan los desmanes de Israel con la esperanza de que se cumpla la mitología apocalíptica en la que creen de forma totalmente acrítica. Y estamos hablando de millones de personas, y solo algunos pocos ejemplos.

Para esa inmensidad de personas cuya vida está guiada por su ciega creencia, dar un paso más y utilizar la violencia contra el prójimo, si ello encaja en sus locas elucubraciones, es solo cuestión de tiempo y la existencia de un hecho desencadenante. En realidad no existe diferencia cualitativa con las circunstancias que condujeron a la ejecución de brujas y herejes pocos cientos de años atrás. Hoy nos pueden parecer situaciones históricas propias de épocas pasadas, irrepetibles. Pero en realidad no se diferencian en absoluto de acontecimientos como este reciente. Y mientras esta sociedad no se enfrente abiertamente al fanatismo y a la superstición que, en forma de religión, aprisiona y entorpece el verdadero desarrollo social, el peligro de repetición de actos parecidos, y aun peores, será permanente.

Y todo ello enlaza con la gestación de una confusa ideología. En el caso que nos ocupa, su defensa del concepto de Europa cristiana frente a mundo islámico viene arropado por un antimarxismo, o cualquier otra ideología que proceda de la izquierda política, lo cual es lógico. El modelo de sociedad conservadora, con clases claramente distinguibles y reparto desigual de riqueza y poder, es el que mejor encaja en el seno de una creencia religiosa integrista.

Que el modelo ideológico conservador sea incongruente con la realidad de la mayor parte de sus defensores solo reafirma la fácil vinculación del mismo a las creencias fanáticas. Si el requisito indispensable para el fanatismo religioso es la absoluta falta de criterio crítico, este es también necesario para que quienes apoyan y se definen como conservadores, sin tener reales motivos para serlo (detentar el control sobre los medios de producción). Si esas personas hicieran uso de la razón y un mínimo de sentido crítico se darían cuenta que los principios que defienden van contra sus verdaderos intereses; que están siendo engañados por quienes tienen interés real en mantener el statu quo imperante.

Si a ello unimos el sentimiento nacionalista, entendiendo por nacionalismo, no el conjunto de hechos culturales propios de una comunidad y que merecen ser conservados y desarrollados, ni una vía posible al desarrollo del autogobierno, acercándolo al ciudadano y con ello al desarrollo de la democracia real; sino la supuesta existencia de

“valores” propios de la comunidad que la hacen acreedora de predominio sobre el resto de la humanidad en un planteamiento típico de la extrema derecha, el coctel explosivo, y absurdo, que nos puede llevar a actos de extrema violencia está servido.

Si la humanidad no hace frente de forma contundente al cáncer que representan esos planteamientos ideológicos, en base al desarrollo del sentido crítico; la actual crisis, y las que indudablemente la seguirán, se convertirán en terreno abonado para el crecimiento de tales ideologías.